



Prólogo

En el mes de junio del año 2000 tuve el honor de asistir al Primer Encuentro Internacional de Carnavales «Pensar en Carnaval», celebrado en la caribeña y alegre ciudad de Barranquilla. Aquel evento, organizado por el Ministerio de Cultura de Colombia y la Fundación Carnaval de Barranquilla –y que por desgracia no tuvo continuidad–, cerró con una sesión final donde cada uno de los ponentes sintetizaron las ideas globales de aquellos encuentros. Dos reflexiones fueron las que, recuerdo, concluí con aquellos estudiosos de Colombia, República Dominicana, Trinidad, Bolivia, Brasil, México, Inglaterra, Suiza y España: la primera, que el carnaval era probablemente la fiesta más mundial, en su concepto y celebración, de todas las habidas en las comunidades humanas. La segunda, que el carnaval era un asunto serio. Es deducible a tenor de tales reflexiones la importancia y transversalidad de esta fiesta como trasunto social, con todas las repercusiones que ello conlleva. Hay, por tanto, una implicación cultural y celebrativa, pero también estructural y política. En cuanto a la seriedad, no es un contrasentido. Precisamente, la primera idea aconseja su identificación, conocimiento y estudio para descifrar la innumerable lista de cuestiones acerca de sus esquemas, perfiles, mecanismos de funcionamiento, señas de identidad e influencia en las sociedades arcaicas y modernas. Habría que decir, además de todo ello, que el carnaval «serio» –es decir, como objeto de estudio– sufrió, al igual que la mayor parte de las celebraciones y fiestas humanas, la desconsideración y el descrédito de la Academia durante décadas. En nuestro país, tras el oasis de posguerra que construyeron algunos bravos pioneros desde la antropología cultural, como el caso de Julio Caro Baroja, la restitución democrática fue normalizando la libertad, el rigor y la «seriedad» en la investigación de tantas disciplinas y enfoques de estudio. También el carnaval. Algunos estudiosos de prestigio tocaron, de una u otra forma, la celebración de febrero, como Isidoro Moreno, Salvador Rodríguez Becerra o Fernando Savater. En cuanto al de Cádiz, en septiembre de 1983 se

celebraba el primer seminario de carnaval «Ciudad de Cádiz», que venía a marcar el disparadero de un camino que, iniciado por algunos nombres pioneros —a caballo entre la universidad y la investigación—, como Alberto Ramos Santana, Alberto González Troyano, Juan Ramón Cirici Narváez, Pedro Payán Sotomayor, Adolfo González Martínez, Jorge Paz Pasamar, José María Jurado Magdaleno, Ubaldo Cuadrado Martínez o José Marchena Domínguez, no hacían más que marcar un camino que tendría continuidad, con la propia del seminario que se convertiría en congreso, prolongándose hasta comienzos del nuevo siglo. A partir de aquí, nuevos estudiosos, diversos enfoques y variopintos resultados aseguraban un diagnóstico más que prometedor. Valga como rápido botón de muestra, y obviando a los anteriores, nombres potentes como Javier Osuna García, Faustino Núñez Núñez, Santiago Moreno Tello o Felipe Barbosa Illescas; además de otras iniciativas que auxiliaban este nuevo y prometedor escenario, como la creación del Aula de Cultura de Carnaval de Cádiz, la potenciación de fondos públicos, entre ellos los de la sección de «Carnaval» del Archivo Histórico Municipal de Cádiz, el fondo de gobernación del Archivo Histórico Provincial de Cádiz, el fondo «Perete» del Archivo Municipal de San Fernando o el fondo del Depósito Legal de Cádiz, así como la disponibilidad generosa de algunos coleccionistas privados, como Manuel Torres Vera o Francisco Javier Camacho Ortega, entre otros. Un último apunte de esta rápida secuencia lo enfocamos de nuevo en la Academia, con el resultado real y fructífero de trabajos universitarios en clave de tesis doctorales, trabajos fin de Máster o trabajos fin de Grado, ejecutados por investigadores que ya sonaban o comienzan a sonar en el presente, como Eva M.^a López Lobato, Estrella Fernández Jiménez, Santiago Moreno Tello, María Luisa Páramo Fernández-Llamazares, Ana Barceló Calatayud, Ignacio Sacaluga Rodríguez, José Fernández Domínguez, Marta Ginesta Gamaza o Jesús García García.

Pero si aceptamos que el carnaval, como objeto de estudio, no solo ha variado, sino que varía constantemente en sus enfoques y protagonistas, hay que aseverar que la fiesta en sí también obvia sostener la vitalidad de una celebración que se reinventa a sí misma y que, por encima de las posibles valoraciones al respecto, fluye, cambia y se transforma. Es una máxima que sus estudiosos deben tener muy en cuenta para no caer en apreciaciones inexactas. Y creo que en este sentido transita esta monografía. La principal hipótesis que subyace en el trabajo que me honra prologar radica en su enfoque novedoso, actualizado e interdisciplinar. Novedoso, porque todos los capítulos pretenden desarrollar una metodología e hipótesis de trabajo que rompen los corsés clásicos y lineales a los que nos acostumbraron durante cierto tiempo. Nos referimos a las semblanzas historicistas, los catálogos *per se*, las crónicas memorísticas y la secuencia de datos sin pies ni cabeza. Una pléyade de «trabajos» que aportaron información —y nadie duda de ello—, pero no mucho más; toda vez que se trataba de trabajos profanos y desempeñados por aficionados a las fiestas sin apenas oficio ni aptitud científica. En este

caso, hablamos de profesionales con un mayor o menor bagaje –Felipe Barbosa, Santiago Moreno, María Luisa Páramo, Ignacio Sacaluga, Francisco José García Gallardo y Álvaro Pérez–, donde aplican además hipótesis, interpretación de fuentes, análisis y conclusiones. Actualizado, porque se culmina una monografía que barre diversos periodos de los carnavales históricos para llegar a los actuales y diagnosticar una interpretación y valoración de sus cambios, dinámicas y perfiles. Quizás la más novedosa de las muchas que define sea la del carácter dimensional. Nunca el carnaval fue tan grande e influyente desde la producción literaria, musical, artística, mediática, cultural, social y también económica, de ahí el concepto de «industria cultural». Pero ello también arrastra sus considerables problemas, exigiendo a una lectura alternativa de un carnaval más oficial o técnico que deriva a otro más callejero, que mira a sus orígenes y cuya condena lo obliga a cohabitar y a efectuar constantemente sus correspondientes préstamos entre uno y otro modelo. E interdisciplinar, porque se plantean estudios históricos, culturales, musicales, periodísticos, comunicativos, lingüísticos, literarios y hasta pedagógicos del gran evento del febrero gaditano.

No voy a extenderme más. Este que les escribe, que ha vivido intensa y variadamente la fiesta por antonomasia de la vieja y mercantil urbe –el «Caribe de Europa», como tildó cariñosamente a nuestra ciudad un entrañable carnavalero de aquella Barranquilla del año 2000–, no tiene más que doblegarse y aplaudir la publicación de este nuevo trabajo, con fuste, riguroso y coherente, que verifica que los estudios sobre la fiesta en la ciudad de la fiesta gozan de buenísima salud. Enhorabuena y en buena hora siempre, siempre, carnaval.

José MARCHENA DOMÍNGUEZ
Director del Servicio de Publicaciones